

La fiesta

Margaret
Kennedy

La fiesta

Traducción de **Ainize Salaberri**

Navoia

Primera edición

Marzo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-08-1

Depósito Legal B 20609-2021

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *The Feast*

© Margaret Kennedy, 2022

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency SL

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

© de la traducción: Ainize Salaberri, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica.

Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Para Margot Street

Índice

Prólogo	9
Sábado	15
Domingo	77
Lunes	129
Martes	195
Miércoles	263
Jueves	321
Viernes	389

PRÓLOGO

El sermón del funeral

En septiembre de 1947, el reverendo Gerald Seddon, de St. Frideswide, Roxton, hizo su visita anual al reverendo Samuel Bott, de St. Sody, al norte de Cornualles.

Son viejos amigos y estas vacaciones juntos es el mayor placer que conocen. Para el señor Bott, que no puede permitirse ir a ninguna parte, aquello es como una especie de asueto mientras el señor Seddon se queda allí con él. Intercambia la sotana que suele ponerse y con la que se le ve a todas horas por unos viejos pantalones de franela y una sudadera, y se va de expedición a mirar pájaros por los acantilados. Por la noche juegan al ajedrez. Ambos tienen cincuenta y muchos, son anglocatólicos, célibes y perturbadoramente sinceros. Les gusta que sus parroquianos los llamen «padre», pero ya no disfrutan de las escaramuzas con los protestantes tanto como lo hacían cuando eran jóvenes. El padre Bott tiene el pelo cano, es regordete e hirsuto; se parece a un terrier escocés y no es muy popular en la parroquia de St. Sody. El padre Seddon tiene la melancólica papada de un sabueso; su vida es más dura y más desagradable, pero sus parroquianos lo aprecian.

Llega a tiempo para la cena y en cuanto terminan sacan el tablero de ajedrez. En Londres suele pasar las tardes en clubs y misiones, por eso ansía mucho la tranquilidad. Y, en conse-

cuencia, se sintió algo ofendido cuando, la noche de su llegada en 1947, Bott le dijo que guardara el tablero de ajedrez.

—Esta noche no puedo jugar —le explicó—. Lo lamento mucho, pero tengo que escribir un sermón.

Seddon levantó las cejas. Una de las reglas de las vacaciones era que Bott debía escribir todos sus sermones por adelantado.

—Es un sermón inesperado. He intentado escribirlo esta tarde, pero no se me ha ocurrido nada que decir.

—Qué inusual —dijo Seddon poco amablemente.

—Bueno, es un sermón para un funeral...

Bott fue hasta su escritorio y quitó la cubierta protectora de su máquina de escribir.

—Ni siquiera es un funeral al uso —se quejó—. En realidad ni siquiera es un funeral. No podemos enterrar a los fallecidos. Ya están enterrados. Debajo de un acantilado...

—Oh, ¿Pendizack Cove?

Seddon nunca tenía mucho tiempo para leer los periódicos, pero recordaba el incidente porque había sucedido en la parroquia de su amigo. Durante el mes de agosto, una gran parte de la pared del acantilado se había derrumbado de repente. Había caído sobre una pequeña cala a unos tres kilómetros del pueblo de St. Sody, y había destruido una casa que en su momento habían construido en la parte este de la misma. Todos los que estaban en su interior habían fallecido.

—Fue una mina, ¿no? —preguntó—. ¿Explotó una mina en la cueva que había detrás de la casa?

—En parte. Pero lo de la mina había sido meses antes —dijo Bott—. Sucedió el invierno pasado. Explotó dentro de

la cueva y parecía que no había provocado daños. Todos fuimos conscientes de que la casa se había librado de milagro. Era un hotel. Había sido una vivienda, pero la habían convertido en una casa de huéspedes. La cueva está justo en el acantilado. La explosión debió de romper las rocas en el interior y aflojó una gran parte de la ladera. Un poco más tarde se encontraron grietas en la parte superior del acantilado, a unos ciento sesenta kilómetros en el interior. Humphrey Bevin, el inspector, ya sabes, que vive en Flamouth, se enteró y vino a echar un vistazo. No estaba muy seguro al respecto; pensó que si fuese a caerse ya se habría caído, pero, tras reflexionar, escribió a Siddal para decirle que si esas grietas se ensanchaban, le parecía que la casa no estaba a salvo y sería mejor que se fuesen de allí. Siddal era el dueño del hotel. Nunca contestó. Nunca hizo nada al respecto. Y ahora está debajo del acantilado.

—¿Quieres decir que aún están todos enterrados?

—Es imposible sacarlos. Deberías ver el lugar, no sabrías cómo hacerlo. La cala ya no existe. Nunca nadie se creería que ahí había una casa, y jardines y establos. Así que ahora tenemos que celebrar una espantosa ceremonia. La misa será en la iglesia y el resto lo haremos lo más cerca posible de ellos, trepando por los acantilados. No me gustan este tipo de cosas, pero no puedo negarme y tenemos que ofrecerles cristiana sepultura en la medida de lo posible. Lo hubiésemos hecho antes, pero durante un tiempo consideramos la posibilidad de sacarlos de allí. Es mañana. Y si yo fuera tú, me iría de aquí durante el día. Tendremos a toda la prensa por la zona, imagino, y coches llenos de excursionistas... ¡Y se supone que yo tengo que predicar!

Bott se dirigió a la máquina de escribir. Mecanografiaba siempre sus sermones porque su letra manuscrita era tan mala que era incapaz de entenderla. Y tampoco podía leer siempre sus propios textos mecanografiados porque en eso también era inexperto. Puso una «q» en la parte superior del folio, volvió atrás y puso un «1». Después presionó la tecla de las mayúsculas y escribió el primer titular:

AGTODE DIOS

Después de eso hubo una pausa de veinte minutos. Seddon se enfrascó en un problema de ajedrez. Parecía que el tictac del reloj barato de la repisa de la chimenea corría más deprisa.

Bott hizo dibujos en su papel secante. Primero dibujó un delfín. Después, unos capiteles curvados. Y luego dibujó Pendizack Point, sobresaliendo frente al mar. Aquello aún estaba allí. Estaba en el otro extremo de la cala. Llevaba allí cientos, quizás miles, de años. Pero el caos de las rocas y los peñascos caídos, la nueva y cruda ladera del acantilado, en el lado este, solo llevaba allí un mes. No pudo dibujarla; era absolutamente incapaz de aceptar su nueva apariencia.

Durante semanas, se había encontrado con esa fría confusión al final de todos sus pensamientos, y había estado bloqueándolos con una especie de conmoción temblorosa, puesto que la carretera había quedado cortada la misma noche que salió corriendo para ver qué había ocurrido. Porque había oído, igual que el resto de la gente del pueblo, el rugido y el ruido sordo de la pared del acantilado al caer. Mientras corrían por el campo, se encontró a personas gritando que el hotel Pendizack había «desaparecido». Esperaba encontrar ruinas, ruido, confusión, gritos, cuerpos, cualquier horror menos el que se encontró.

Se toparon con una cortina asfixiante de polvo mientras bajaban la colina hasta los acantilados, y no podían ver mucho. Para acceder al hotel había que descender por un sendero serpenteante y empinado, a través de árboles y arbustos al lado del pequeño barranco. El silencio que reinaba allí abajo había empezado a encogerle el corazón antes de tomar la segunda curva y chocarse con una piedra. Frente a él se alzaba una colina. Y no quedaba ni rastro del camino al hotel.

Al principio pensó que era una barrera de peñascos sueltos e intentó trepar por encima. Pero, finalmente, tuvo que recular por las rocas que aún caían y se deslizaban, y cuando volvió a la carretera cogió un camino secundario, un pequeño túnel a través de los rododendros, que lo llevó a la explanada del acantilado. Ahí, bajo la luz de la luna aún oscurecida por el polvo, vio lo que había ocurrido. No quedaba ni rastro de la casa, ni de la plataforma de tierra sobre la que se asentaba, ni de nada que hubiese habido ahí antes.

La marea ya estaba lamiendo con suavidad los peñascos recién caídos, como si hubiesen estado siempre allí. La costa había adquirido un patrón nuevo y los acantilados habían vuelto a su antigua y silenciosa firmeza.

Suspiró, tachó el primer titular, y mecanografió otro.

eSTAOS QUIETOSYSABED QUE sOY DIOS

—No estás avanzando muy rápido —observó Seddon.

—Estaba aterrorizado —dijo Bott.

Escribió: «Muerte repentina». Y añadió:

—Aún estoy asustado.

—Nunca hubiese imaginado nada de lo que pasó al norte de Londres en el 41 —dijo Seddon.

—Lo sé.

Bott se levantó y se acercó a la ventana. Hacía una buena noche, se estaba levantando viento. Podía ver los árboles agitándose alrededor de la torre de la iglesia, una masa oscura y móvil contra un cielo sin estrellas. Las hojas pronto caerían y quedarían esparcidas encima de las lápidas hasta que se pudriesen y volviesen a la tierra. Las ramas desnudas sufrirían el azote de los vendavales invernales, a la espera de que surgieran nuevos brotes. A medida que pasasen las semanas y los meses, esa noche de verano, que ahora recordaba, se adentraría cada vez más en el pasado. Se sentía más seguro respecto al futuro. «Nada es seguro —pensó—, salvo la primavera.»

—Aquella primera noche —dijo— los supervivientes vinieron aquí. Subieron para buscar refugio.

—¿Hubo supervivientes?

—Oh, sí. Vinieron aquí y hablaron. Se pasaron toda la noche aquí sentados, contándomelo todo. Ya sabes cómo habla la gente cuando ha sufrido una conmoción. Dijeron cosas que no dirían en ningún otro momento. Dijeron cosas increíbles. Me contaron cómo habían escapado... Me contaron demasiadas cosas. Ojalá no lo hubieran hecho.

—¿Cómo escaparon?

—No sé qué decir al respecto —dijo Bott, apartándose de la ventana—. No sé muy bien qué pensar. Me dijeron muchas cosas, pero no me lo dijeron todo, por supuesto. Nadie nunca sabrá toda la verdad. Pero lo que sí me contaron...

Se acercó a la chimenea y se sentó en una silla frente a Seddon.

—Ahora escúchame —dijo—. Y a ver a qué conclusión llegas tú...

SÁBADO

1. Carta de lady Gifford a la señora Siddal

The Old House
Queen's Walk, Chelsea
13 de agosto de 1947

Estimada señora Siddal:

Debería haberle escrito antes para transmitirle cuántas ganas tenemos todos de pasar nuestras vacaciones en Pendi-zack. Pero en primavera, cuando mi marido reservó las habitaciones, no me encontraba muy bien y tenía prohibido escribir cartas. Ahora estoy mucho mejor. Los médicos, afilando sus cuchillos, me han prometido que para otoño estaré perfectamente bien.

Llegaremos el sábado 16. Los niños viajarán en tren y necesitaremos un coche para recogerlos. La secretaria de mi marido le escribirá a este respecto y le dirá en qué tren y a qué estación, etcétera. Yo iré en coche con mi marido, y esperamos llegar entre la hora del té y la cena. Pero si nos retrasamos, ¿sería tan amable de vigilar que los niños se vayan pronto a la cama? Después del viaje estarán cansados y excitados.

Nuestra amiga común, Sibyl Avery, me ha contado muchas cosas sobre Pendizack y lo maravilloso que es. Mucho más agradable que un hotel al uso, sobre todo para los niños. Dice que usted tiene varios hijos, pero que no recordaba qué edades tenían. Si aún están en la guardería, quizás Michael y Luke podrían comer con ellos, porque es posible que sean

bastante ruidosos en el comedor, y mucho me temo que yo tendré que comer muchas veces arriba, en mis aposentos, por lo que no podré supervisarlos. ¿Supondría esto una gran molestia? Mi marido puede subir las bandejas, por supuesto. Odio ocasionar problemas. Pero mi médico insiste mucho en que reine la tranquilidad mientras como: sufro indigestiones a menudo y cree que es porque mi mente es muy activa (pienso y hablo mucho mientras como, por lo que es mucho mejor que lo haga sola).

Sibyl me contó que usted tiene su propia granja, por lo que debería ser fácil continuar con mi dieta. Es difícil conseguirlo en un hotel convencional, porque no moverían ni un dedo por una inválida. No son grandes cosas, pero voy a dejarle por escrito (a) lo que mi médico dice que debería comer y (b) lo que no debería comer.

- (a) Aves, caza, carne fresca de la carnicería, hígado, riñones, mollejas, etc., beicon, lengua, jamón, verduras frescas, ensaladas verdes, huevos, leche, mantequilla, etc. Así que, como ve, hay una amplia variedad.
- (b) Carne picada, carne cocinada dos veces, margarina, y nada que salga de una lata (huevo en polvo, leche en polvo, etc.) y nada de picadillo de carne.

No voy a entrar en detalles aburridos. Es solo que, desde que nació Caroline, mi metabolismo nunca ha estado bien, y todos los de la calle Harley parecen incapaces de llegar al meollo del asunto. No me preocuparía tanto si no fuese tan aburrido. Odio, de verdad, ser una molestia y no puedes estar enferma sin ser un problema para los demás. Pero sé que

usted lo entenderá. Sibyl me ha dicho lo maravillosa persona que es usted y lo estupendamente bien que cuida a sus huéspedes. Asegura que después de pasar una semana en Pendi-zack será una mujer nueva. Y otra cosa respecto a que coma en mi habitación: no puede, como es natural en estos tiempos difíciles, darle a todo el mundo lo mismo que debo comer yo, así que quizás prefiera que otros huéspedes no vean lo que me está cocinando. A veces la gente es de lo más egoísta y desconsiderada.

La admiro mucho por haber encontrado un modo de mantener su vieja y encantadora vivienda. Nosotros tuvimos que abandonar nuestra casa de campo en Suffolk. ¡No había personal! Parece que hemos dejado atrás toda la amplitud y la elegancia de la vida, ¿verdad? Parece que se han esfumado para siempre.

Ah, y ¿le importaría si llevamos un gato? Hebe insiste en llevarse a su gata y no tengo agallas para decirle que no. Me temo que malcrío a mi familia, pero iespero que lo entienda después de que Sibyl le haya contado mi divertida y triste historia! Después de Caroline no he tenido más hijos, iy eso que quería una docena! Pero no podía soportar que Caroline fuese hija única, así que tenía que buscar a una hermana y a dos hermanos pequeños entre las pobres criaturas rechazadas de este mundo, y siempre he sentido que debo ser más que una madre para ellos para compensar esa primera y horrible mala desdicha. Hebe tiene diez y los chicos (gemelos) tienen ocho.

Me he dado cuenta de que no he dicho nada del pescado. Me permiten comer de todo menos arenques, pero no creo que la platija me siente muy bien, ni el bacalao, a menos que se

cocine con mucha mantequilla. No tengo prohibidos ni el cangrejo ni las langostas, lo cual es muy conveniente, porque espero que consiga muchos y no haya muchas personas que puedan comerlos.

Será un placer conocerla. Y debo insistirle en que no emplee la mayor parte de su tiempo como la maravillosa ama de llaves que es y que pase de vez en cuando un rato conmigo para cotillear, porque creo que tenemos muchos amigos en común.

Me parece que conoce a los Grackenthorpes. Estoy muy orgullosa de Veronica, y ahora que se han ido a Guernsey la echo mucho de menos. Pero, si no bajan los impuestos, todos nos tendremos que ir a vivir allí.

Saludos cordiales,
Atentamente,
EIRENE GIFFORD

P.D.: ¿Hay alguna posibilidad de que mi marido juegue al golf?